

EL SANTO ADVIENTO

ALEGRÍA DE LA IGLESIA EN LA PLENITUD DEL MISMO

Los lugares muy distantes exigen un movimiento dilatado para que se llegue a ellos. Los grandes fines están relacionados con grandes medios; y deben prepararse con especiales disposiciones los caminos que conducen a término no comunes ni ordinarios.

Por efecto de la *prevaricación primera* había perdido el hombre, privado por aquella de la *Justicia original*, el derecho a la gloria eterna. Despojado de la gracia, semilla, fuente y raíz, cuyo desarrollo es la *Luz de la gloria*, principio inmediato y disposición última de la *Visión beatífica*, núcleo y esencia de la bienaventuranza completa, como la gracia lo es de la incompleta consistente en la *Justicia santificante*, vióse repentinamente sujeto al pecado y esclavo de sus pasiones. Porque rota la integridad de su naturaleza, la cual quiso Dios ligar a la *Justicia original*, de tal modo que gozase de aquella mientras gozase de esta y que la perdiese al perderla, su carne se reveló contra el espíritu, sus pasiones, contra la razón, faltando, como faltó por causa de la soberbia y desobediencia del primer hombre, el equilibrio que entre las diversas partes que acabamos de nombrar existía. Y el hombre, que como criatura es de suyo defectible, y solo en virtud de la fuerza superior de la *Justicia* dicha podía evitar su defección, añadía a esta defectibilidad la profunda división que produjo el pecado original entre los diversos elementos de su ser, comenzó a experimentar vehemente propensión al mal, hallóse de pronto trasladado de las serenas regiones del orden y de la paz consigo mismo y con todos los demás seres, a las del desorden y constante lucha doméstica y extraña. De heredero del cielo, pasó a ser penado del infierno; de hijo de Dios, a hijo del demonio; de morador futuro de las mansiones de la Gloria, para la cual se hallaba dispuesto por la gracia, su segunda naturaleza en el orden sobrenatural, a futuro pábulo de las eternas llamas del infierno, cuyo preámbulo principio para él en la muchedumbre de privaciones y positivas miserias que por doquier le asediaban, cebándose en él como en su víctima.

Esto acaecía al primer hombre después de su primera culpa, que le lanzó del Paraíso Terrenal, en donde Dios le había colocado para trasladarle luego, sin que pasase por el amarguísimo trance de la muerte, al Paraíso del cielo, envolviendo en la misma ruina bajo la cual gemía a toda su descendencia, como cabeza, no solo física, sino moral también de la misma, a la manera que envuelve en la privación de sus títulos y obvenciones consiguientes, un Conde, por ejemplo, que por razón de algún crimen de aquella privación se hace reo, a toda su posteridad, que de otra

suerte continuaría sucediéndole en tan honorífica y provechosa alcurnia. Sí; todos quisimos moralmente con la voluntad capital del primer individuo de nuestra especie el quebrantamiento de los justos preceptos de Dios, y todos por consecuencia incurrimos rigurosamente en la pena a tal quebrantamiento impuesta y que justísimamente se nos aplica. También quiere la descendencia del Conde, cuyo ejemplo hemos puesto, el crimen, v. gr., de la lexa Majestad, y le quiere moralmente, al quererlo la cabeza de la misma, sin que nadie haya soñado nunca en calificar de injusta la privación del condado a que se ve sujeta.

Volvamos al primer hombre víctima ya del pecado y de sus funestas consecuencias. ¿No habrá algún remedio para su mal? Carecerá de una mano piadosa que le levante de sus postración? ¿Se habrá agotado para él la misericordia infinita de Dios? ¡Oh no, de ninguna manera! En el lugar mismo en donde oye la sentencia contra su pecado, oye también la voz del perdón, otorgado por los méritos infinitos de un Mediador, Dios y hombre a la vez quien bajo este último concepto nacerá de una descendiente suya, que por efecto de una especial gracia, no nacerá manchada con su pecado; y permaneciendo virgen, será Madre; verificándose de esta suerte que allí donde tuvo principio el pecado, que fue la primera mujer, principió el remedio del mismo. Profundísimamente sabia, sumamente oportuna medicina.

Hase ya con esto indicado el objeto del sagrado tiempo que con el nombre del Adviento celebra actualmente la Iglesia¹, y cuya plenitud solemniza con muestras de alegría en la tercera Dominica del mismo. Fue instituido para conmemorar la venida al mundo del Salvador de los hombres perdidos por el pecado.

Por manera que en el Santo Adviento recordamos aquellos tiempos en que los fieles de la antigua Ley se preparaban para la venida del Mesías prometido como Salvador de los hombres: el mismo que fue anunciado bajo tal concepto a nuestros primeros padres en el Paraíso Terrenal, después de su primera culpa. Los sacrificios todos del tiempo y pueblo a que nos referimos, todos sus ritos y ceremonias, figuras no más de los

¹ «Fue instituido el Adviento, según quiere Durando, Lib. c. 2, núm. 1, por el Príncipe de los Apóstoles S. Pedro. Brillat nimiamente parcial de su Nación Francesa, atribuye el origen o institución del Adviento a S. Perpetuo, Obispo de Tours, como se ve en el lugar citado pag. 259 fundado, en que San Gregorio Turonense, lib. 10 Hist Cap. 31 dice, que S. Perpetuo, que vivió a la mitad del siglo V mandó que se ayunasen tres días en la semana, desde la fiesta de S. Martín hasta Navidad. Más con el apoyo del Autor de la misma Nación, que es el erudito Martene en el lugar arriba citado cap. 10 n. 1 somos de sentir que se instituyó en el siglo VI y daremos por Autor a S. Gregorio el Grande, y con más razón, puesto que concuerdan con Matene, Amalario, lib. de Ecclesiasticis Ofic. y el Abad Benon lib. de Ritib. Missae, y que hallamos en el Sacramento de S. Gregorio expresamente nombradas las cuatro Dominicas del Adviento, que en algunas Iglesias se extendieron después a cinco, y aún a seis, según el Ritto Ambrosiano, que empieza el Adviento en la primera Dominica después de la fiesta de S. Martín: Ambrosianus Adventus (dice Rodulfo Tungrense) habet sex septimanas et incipit Dominica post Martín — Benedicto XIV, Instr. 11 núm, 63.

sacrificios, ceremonias y ritos de la ley de Gracia; aquellas exclamaciones vehementísimas de los profetas de Israel, tales como estas de las: «Envía, Señor, al cordero dominador de la tierra»² ¡Oh cielos, enviad el rocío de lo alto; abraza la tierra y engendre al Salvador»³. «Ojalá rompieras los cielos y bajases»⁴ realizados felizmente con la encarnación, predicación; pasión, muerte y resurrección de Jesucristo verificadas en efecto en la plenitud de los tiempos, según lo creemos los católicos ilustrados por la fe, garantizada con las enseñanzas de la Iglesia, apoyada en las Escrituras Sagradas y en la tradición, cuya verdad conoce infaliblemente por la asistencia que para ello tiene el Espíritu Santo, prometida por su Divino Fundador, que le tiene asegurado estar en su compañía «hasta la consumación de los siglos», es lo que recordamos solemnemente en el Adviento. Y como se aproxima ya en la tercera dominica de este la conmemoración del Nacimiento del Salvador, principio de aquella realización, la Iglesia nuestra Madre suspende los ritos de tristeza con que nos excita durante todo el tiempo a que nos referimos, a «preparar los caminos del Señor en la Soledad»⁵, con el ejercicio de la mortificación y compunción santas, recordándonos a la vez nuestras miserias, nuestros pecados que viene a remediar y a redimir el Salvador, cuyo Nacimiento se acerca; y en sus cantos sagrados, en sus armonías, ejecutadas por medio del órgano, silencioso y mudo durante el resto del Adviento, manifiesta el júbilo que la embarga, y cual tierna y solícita madre nos estimula a nosotros que somos sus hijos a tomar parte en sus alegrías santas, a gozarnos una y otra vez en el Señor»⁶ a la vez que nos dice «vendrá el que ha de venir»⁷, y vendrá desde las alturas de los cielos a nacer de una Virgen en pobrísimo establo, sin más abrigo que unos miserables pañales, sin más cuna que un pesebre, sin más cama que una paja, sin más compañía que brutos animales, fuera de su Madre Santísima con su castísimo esposo San José. Dispongámonos a recibirle en el seno de nuestra alma, en el centro de nuestro corazón, por medio de una penitencia saludable los que de esta tengan necesidad: por medio de frutos dignos de penitencia, de buenas obras. Porque el que nace en un establo es el mismo que truena en las nubes; el que se halla rodeado de brutos animales y es desconocido de sus mismos parientes y compatriotas, es anunciado a los reyes de Oriente por medio de una radiante estrella que les conduce a sus plantas para adorarle y ofrecerle varios dones, como lo hacen y dispone providencialmente que concurran a su humildísimo albergue representantes de todas las criaturas. Los ángeles cantan su gloria, los cielos le envían su estrella, le prestan homenaje los reyes y los pastores, y le ofrece sus dones

² Isai. 16, 1.

³ La Iglesia en el oficio de Adviento.

⁴ Isai. 64, 1.

⁵ Math. 3, 3.

⁶ Ad Filp. 4, 4.

⁷ Habac. 2, 3.

la tierra. ¡Admirable coincidencia! Dispuesta por profundísima sabiduría, para confundir la soberbia humana, deshaciendo sus planes y frustrando sus desvíos e ingraticudes. Tal es otro de los objetos de la Iglesia en el adviento: que nos preparemos en él al nacimiento espiritual de Jesús en nuestras almas. Y como en su tercera Dominica se aproxima ya la solemne memoria de la venida real del Salvador, y la que siempre puede verificarse de nuevo, que es la moral o espiritual en los que, lejos de atender casi exclusivamente a celebrar las Navidades con preparación de comidas opíparas y suntuosos convites y disipadísimas holganzas, se disponen por el contrario a recibir en su alma al Niño-Dios por medio de buenas obras, la Iglesia se muestra alegre considerándola como la *plenitud del mismo*.